



La derecha, disfrazada de centro, manifiesta su entusiasmo.

Portugal: Agua sobre la revolución

El resultado de las elecciones del domingo en Portugal es otro chorro de agua fría sobre la revolución de abril de 1974. Agua fría, agua disolvente. Es un dato más de la inclinación europea occidental hacia el conservadurismo.

Por primera vez, la izquierda ha perdido la mayoría en la Asamblea —si se confirman los datos provisionales del lunes, en que se escriben estas líneas—; parece que la ganancia comunista, que tiene un significado importante, no llega a superar las pérdidas de los socialistas. El Partido Comunista portugués, como se sabe, está fuera del conjunto eurocomunista de los otros países latinos; Cunhal ha mantenido una actitud que se ha llamado peyorativamente pro soviética, pero que en realidad es más revolucionarista, menos inmediatamente posibilista, que la que inspiró el eurocomunismo. El partido socialista de Mario Soares, en cambio, se ha ido inclinando cada vez más hacia una socialdemocracia propia de país más desarrollado. En parte, por conseguir una cierta ayuda internacional; en parte, también, por su vieja posición anticomunista y por conseguir un apoyo de las clases medias. Es indudable que si el país busca una posición centrista y burguesa, la encontrará mejor en el partido —o alianza de partidos— de Sa Carneiro

que en un partido socialista agudado, desgastado por el poder. Lo que es visible a primera vista es que la izquierda —desposeída, explotada— en un país de esa pobreza —la endémica, más de la crisis general— tiene que inclinarse a una opción más dura, como la que ha ofrecido el partido de Cunhal, y la clase media, amenazada también de desclasamiento por los datos generales de la crisis, prefiere el titulado centro a la escasa garantía de un partido socialista.

El centro de Sa Carneiro engaña poco. Es un centro-derecha, con una notable inclinación a la derecha, pero enormemente cuidadoso de no confundirse con la supervivencia del régimen anterior: es decir, con la derecha tradicional formada por una trilogía contundente: el capital, la Iglesia —enormemente militante— y un Ejército depurado poco a poco de sus antiguos revolucionarios. Esa derecha tradicional ha apoyado, de todas formas, a la Alianza Democrática de Sa Carneiro, formada por el propio partido de éste —socialdemócrata—, por el Centro Democrático y Social y por los monárquicos: partidos de hombres finos, de políticos de clase, que han tomado el molde de la UCD española —la cual no les ha regateado su apoyo, hasta el punto de venirse a Madrid a sellar su alianza y a recibir sabias lecciones—.

Toda la propaganda de la izquierda —unánime en este caso, pero separada como lo está desde siempre, y sin el más leve síntoma de frente popular— se ha hecho sobre la base de que la victoria del centro-derecha supondría la pérdida definitiva de las conquistas de la revolución, incluyendo los textos constitucionales. No tiene poderes esta Asamblea, elegida por un año y sin posibilidades legales constituyentes, de cambiar el texto de la Constitución —de la que ya ha dicho que "tiene tufo marxista"—, pero sí de ir preparando esa reforma, como de ir preparando desde el poder las elecciones de 1980 —las municipales se celebran el día 16, y ya comienza otra campaña electoral, que coge al pueblo aburrido y fatigado—. Soares, en una de sus últimas intervenciones, advirtió que lo que se venía encima era un "cambio de régimen". Hay en todo ello una parte de propaganda electoral que exagera los términos: muchas de las conquistas de la revolución no se pueden perder, porque se partía de uno de los fascismos más retrógrados y más oscurantistas del mundo. Pero hay otra parte de realidad. Las posibilidades que aún quedaban de reforma agraria, sobre la base de repartos de tierra, como la autogestión de empresas, desaparecerán por ahora, y probablemente por muchos años.

Las elecciones municipales del 16 de diciembre podrían dar alguna sorpresa: es una tónica general en los últimos años en los países europeos que los votos favorezcan a la derecha en las elecciones generales y a la izquierda en las municipales. Portugal podría ser una excepción, sobre todo en las zonas rurales.

La izquierda tiene ahora un margen de un año, desde la oposición, para recuperarse. Sa Carneiro, que tendrá que presidir el nuevo Gobierno, se enfrentará con una oposición que debe ser dura y que tiene los suficientes escaños en la Asamblea Nacional como para hostilizarle seriamente. Puede reclutar también el desencanto que quizá se produzca en la pequeña burguesía, si en este año no ve contenido su deslizamiento progresivo hacia una situación social grave. Pero muchas veces este fenómeno de la pequeña burguesía que se agarra a los últimos clavos ardiendo ha favorecido al fascismo. En Portugal tiene todavía más que una fuerza de atracción, tiene unas ramificaciones de poder paralelo bastante importantes, aunque se presente con menos agresividad que en España.

Los resultados definitivos de las elecciones podrán permitir un análisis más profundo de estas primeras impresiones. Pero no parece que vayan a cambiar mucho sobre lo que se sabe ahora. ■